

Generosidad y arraigo

Amistad de árbol

JUAN MANUEL PONCE

CCE Benjamín Carrión, Quito, 2017, 63 pp.

UN TRONCO añoso, corpulento, trazado con colores bermejos y ocres crece por la cubierta del libro y abraza con sus ramas el lomo hasta llegar a la contraportada. Al abrir el volumen por ambos cabos, se descubre en las solapas que las ramas continúan extendiéndose sin interrupción, y que incluso allí siguen alargándose, rebasando los contornos de la impresión, abriéndose hacia el vacío, más allá del soporte material del papel.

Los trazos del árbol representado no se perfilan para revelarnos con precisión figurativa los rasgos de una especie dada, sino que parecen estar ahí para insinuar lo mismo que el abombamiento majestuoso de la ceiba, que la trabazón intrincada bajo la copa abarcadora del samán, o acaso el porte altivo, desdeñoso de lo rastro, del caracolí. Sea ceiba, samán o caracolí, en este árbol primero, en este árbol sin duda americano, en este árbol hecho grande por el tiempo, están compendiadas la generosidad y el arraigo, las dos virtudes cardinales de este volumen de poemas de Juan Manuel Ponce.

Generosidad y arraigo son virtudes acompasadas en el tiempo poético recreado por Juan Manuel con una sensibilidad de observación no asaltada por el afán de los hallazgos inmediatos, rendidos fácil a la visión. Además, este *tiempo poético*, de fragua sosegada, da la impresión de ser uno antiquísimo, de ser uno en que las formas de la mirada están más cercanas a un primigenio animismo pagano, capaz de ver en el soplo de la brisa el aleteo de un dios o en el rescoldo del fuego la cólera apaciguada de un héroe, que a la contemplación honda, árida y abisal de la tradición cristiana.

Este tiempo y esta mirada recuerdan unos versos afortunados de Musset, en los que el romántico francés intenta describir algo así como el *clima espiritual* de la antigua Grecia, allí “*où tout était divin, jusqu’aux douleurs humaines, / où le monde adorait ce*

qu’il tue aujourd’hui, / où quatre mille dieux n’avaient pas un athée” (“[aquel tiempo] donde todo era divino, hasta los dolores humanos, / donde el mundo veneraba eso que hoy día mata, / donde cuatro mil dioses no tenían ni un ateo”).

En un poema titulado “El adiós”, Juan Manuel se reencuentra —no se sabe si con ironía o resignación, pero en este péndulo ambivalente de la nostalgia es de donde el poema recoge su fuerza expresiva— con los dioses tutelares de otro tiempo:

Los dioses de mi juventud
amarraron su barca.
Lentamente descendieron
hasta mí.
Preguntaron por sus altares
y no supe responder. (p. 55)

Aun cuando con el desembarco de los dioses cabría esperar la anunciación de un evento magno, pronto la pregunta “por sus altares” y el consecuente nudo en la garganta —que incapaz de deshacerse en la articulación de una respuesta vana prefiere el silencio— revelan el hecho cierto de que el mundo ha sido despoblado de dioses, de los cuatro mil dioses del poema de Musset o de los dioses que, personificados a la manera que lo hacían los poetas del Siglo de Oro, Juan Manuel conjura unos versos más adelante: “Amor quiso ser presentado/ Poesía fumaba ensoñada/ Amistad lloraba por sus muertos” (p. 55).

El último dios invocado, el de la amistad, es una fuerza que Juan Manuel logra asir en varios de sus versos antes de que este se arremoline en la desbandada general de las divinidades. Y es a un amigo muerto, al poeta cereteano Raúl Gómez Jattin, que está dedicado uno de los poemas mejor logrados del libro: “Raúl de lejos”. Así lo recuerda Juan Manuel en la primera estrofa, con el uso del pretérito imperfecto, el tiempo gramatical en cuya flexión la fibra del tiempo encuentra su expresión más certera: “Eras el verano/ eras el paso del ángel/ sobre la conversación tranquila” (p. 43). Es un detalle bellísimo, de casi imperceptible carpintería verbal, el que hace de esta amplificación descriptiva un hallazgo destacable: el verso más breve acoge el predicado visualmente más vasto (el verano) y los versos más

largos, eslabonados entre sí, el predicado visualmente más preciso (el paso del ángel/ sobre la conversación tranquila).

Tras regalarnos esa imagen preciosa de Gómez Jattin como alguien en quien la vida se revela como una expansión gozosa de los dones, el tono de la elegía muda un tanto la voz y apaga un momento los colores para abrirle campo a la expresión de lo irreparable: “La vida avanza sin ti/ ahora que sabemos tantas cosas” (p. 43). Así, sin estridencias, sin vistosidades, sin adornos, con el auxilio ennobecedor de las palabras llanas, Juan Manuel retrata ese estado feliz de no-saber-las-cosas cuando la amistad refule a nuestro lado, antes de que la muerte la arrastre consigo y nos deje ese reverso pálido, ese saber-tantas-cosas, en cuyo centro se nos muestra que el conocimiento es como consciencia de la pérdida.

Leyendo el poema sobre Gómez Jattin es inevitable pensar en ese género con derecho propio en la tradición hispánica que son las composiciones elegíacas dedicadas a la memoria de la vida precozmente segada por los fusiles de aquel poeta andaluz que, como decía Vicente Aleixandre, “pasaba mágicamente por la vida, al parecer sin apoyarse”. De ese género abundante, pródigo en bellezas y lamentos, es en la voz de Cernuda, el español de lengua exiliada en las honduras metafísicas de la lírica de Inglaterra y Alemania, en quien resuena con fervor más acendrado esa celebración de la vida al decirle a su querido amigo Federico García Lorca que “la muerte se diría/ más viva que la vida/ porque tú estás con ella”. Un sentimiento análogo, aunque dicho con el aspecto generoso y abundante del trópico, se transparenta en estos versos de Juan Manuel cuando le dice a Raúl que, aun sin él o con él de otra manera, “el sol sigue su parranda/ con tu Valle Sinú de ensueño” (p. 43).

Con Cernuda, vale decir, las búsquedas estéticas de Juan Manuel comparten más de una afinidad y de un paralelismo. En ambos, en el tratamiento formal de la poesía, se rehúye el ritmo y el metro, el preciosismo y la grandilocuencia, en aras de lo que el mismo Cernuda llamó en una ocasión, con un oxímoron exquisito, “la música callada” del verso. Dueños de este

credo estético, Cernuda puede decir que “así como una hoja y otra hoja/ son la apariencia del viento que las lleva”, refiriéndose a la vocación unificadora del deseo; Juan Manuel, invirtiendo los términos, escribe sobre una vieja casona de recuerdos que “tú con tus memorias/ eres como el viento que pasa/ seguido de otro viento” (p. 36). No se necesita ninguna explicación para oír la sutileza musical de estos versos.

Unas líneas más adelante, en el mismo poema donde está el símil de las memorias como una sucesión de vientos, se explicita uno de los tópicos que predomina en la poética de este libro, el del *tempus fugit* de los poetas latinos, resumido en el marmóreo hexámetro de las *Geórgicas* de Virgilio: *Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus* (“Pero mientras tanto se fuga, se fuga el tiempo irrecobable”). Juan Manuel, de nuevo con esa expresión sencilla que les da un aire siempre verdadero a sus versos, le imprime un giro al viejo tópico así: “El tiempo que pasó no vuelve/ la dicha y el misterio no se han ido nunca” (p. 36). Sí, huye, se fuga, se escapa el tiempo, pero ese hecho no encierra pesadumbre o congoja, como lo veían los latinos, sino una feliz constatación de lo que sí perdura tras la huida, de lo que no deja de renovarse, en últimas, de lo que se arraiga. “La vida se las arregla/ para ser siempre joven” (p. 18), nos recuerda Juan Manuel, en un poema sugestivamente titulado “Primero de enero”.

Quedan por mencionar otras tantas bellezas, otros tantos fulgores verbales, otras vetas sentimentales de este discreto, pausado y armónico volumen poético. También, el humor inteligente de ciertos poemas, como el de uno sin título donde juega con la capacidad de sustantivar ideas complejas con el artículo neutro “lo”; la gracia plástica de varios símiles, “la tarde se tiende/ como un lebrél leal” (p. 54) o “las ramas se mecen [...]/ como un canto de lobos”, y ciertas prosopopeyas con acento surrealista, como aquella de los paraguas que “van y vienen sobre la acera” (p. 42) (imposible no pensar en el paraguas de la cita célebre de Lautréamont).

Y, como epílogo, el árbol bajo cuya protección, bajo cuya sombra, el poeta

—nos dice él en “Amistad de árbol”, el último poema del volumen— jamás ha podido mentir (p. 63). Ese árbol, que es generosidad y arraigo, también es un tributo a la amistad, a la amistad como amor, como comunión y como vida. En esa genealogía hechizada de la poesía, en ese diálogo secreto del que los poetas participan muchas veces sin saberlo, no deja de ser una coincidencia fascinante, enigmática, que, a principios del siglo XIX, ya Coleridge haya dicho: “*Friendship is a sheltering tree*” (“La amistad es un árbol que cobija”).

Jerónimo Uribe Correa